

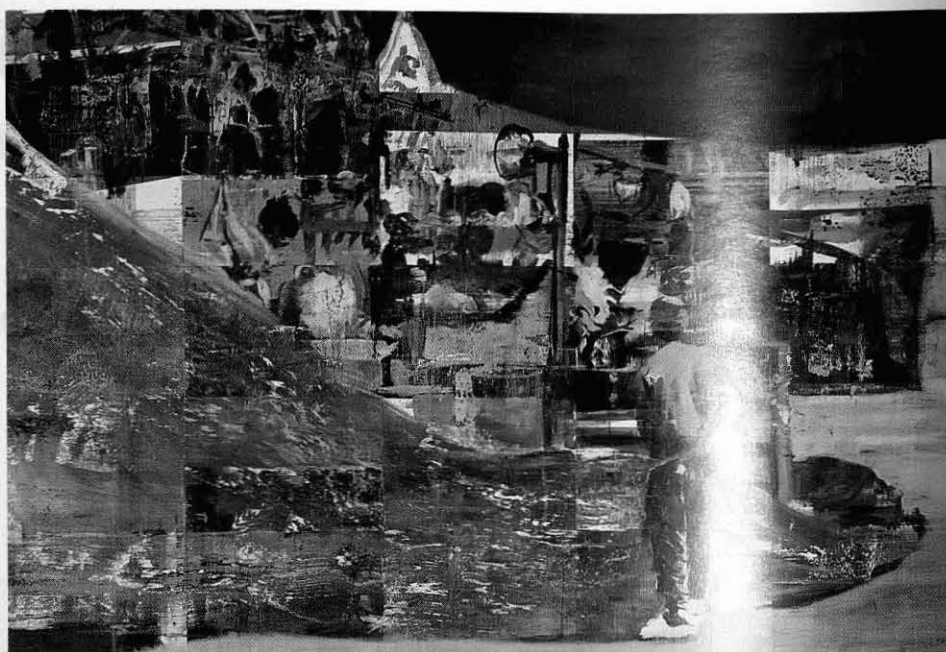
José Castro Leñero: *Ciudad en movimiento*

♦
TERESA DEL CONDE



Ciudad en movimiento núm. 9, 1998, óleo y encausto/tela, 150 x 190 cm

El pintor que ilustra este número es el segundo de los cuatro hermanos Castro Leñero, nació en 1953 y es un artista urbano: amante de su ciudad y de otras que ha podido visitar, tanto en América como en el continente europeo y Asia. Sus búsquedas han sido constantes y tienen como sustrato desde hace varios años la fotografía casi instantánea y su posterior digitalización. Está interesado en el uso de las nuevas tecnologías, pero desde hace más de un lustro se pronunció por un decisivo retorno a la pintura considerada como gran género.



El haber sido, al igual que sus hermanos Alberto y Francisco, ilustrador de revistas de cultura, propició desde época temprana de su carrera la especial capacidad para captar los rasgos esenciales de la figura humana, estática o en movimiento, sola o en grupo. Sin embargo, durante sus inicios,



◀ *Ciudad en movimiento*
núm. 4,
1998,
óleo
y temple/tela,
110 × 165 cm

fue pintor más bien cargado al abstraccionismo que a la figuración, lo cual se comprueba al revisar la colección, depositada en el Museo de Arte Contemporáneo de Aguascalientes, que reúne piezas expuestas en los concursos para Estudiantes de Artes Plásticas, los cuales se iniciaron en 1964, y en los encuentros de Arte Joven realizados a partir de 1981. El pintor del que me ocupo y muchos más empezaron a darse a conocer a través de los primeros.

Después de una etapa casi hiperrealista a la que siguieron sus glosas de pinturas notables, principalmente del siglo de oro español y del barroco italiano, José Castro Leñero empezó a centrar su atención en el paisaje urbano "realista". Las obras que produjo a consecuencia de ello constituyen vistas que en varios casos están conformadas por retazos secuenciales o discontinuos de las escenas.



Ciudad en movimiento núm. 2, 1998, óleo y temple/tela, 110 × 165 cm

Las muestras mejores de esta última fase de su producción se presentaron hace poco tiempo en el nuevo espacio de la galería de Oscar Román, ubicado en Julio Verne 14. Las obras de esa exposición, titulada *Ciudad en movimiento*, aluden a las marchas y manifestaciones de toda índole, que con tanta frecuencia ocurren en nuestra sobrepoblada capital. Todavía no tenían lugar las acciones de este tipo llevadas a cabo por el Consejo General de Huelga (como parte del conflicto de la UNAM), vigentes en el momento de escribir estas líneas. Aquí me es necesario aclarar lo siguiente, antes de proseguir este escrito: las pinturas a las que me refiero, que he podido observar varias veces en forma individual en el taller del artista y posteriormente apreciar reunidas en la galería que menciono, no son de índole política; más bien pretenden poner de manifiesto el espectáculo complicado, yuxtapuesto, polarizado o no, de las gentes, o quizá sería mejor decir de las masas —salvo que hay en ocasiones individuación de las figuras—, inmersas en ambientes que con frecuencia se antojan idealizados o bellos, debido al tratamiento pictórico, cercano a procedimientos postimpresionistas. Con esto quiero decir que en la mayoría de las pinturas no hay distorsión, sino acentos ópticos, yuxtaposiciones, articulaciones o, al contrario, desarticulaciones, como en aquel cuadro invadido por una especie de cascada color sepia claro, de procedencia muy gráfica, titulado *Ciudad en movimiento* núm. 4. Es una pintura que provoca buen efecto al ser vista a cierta

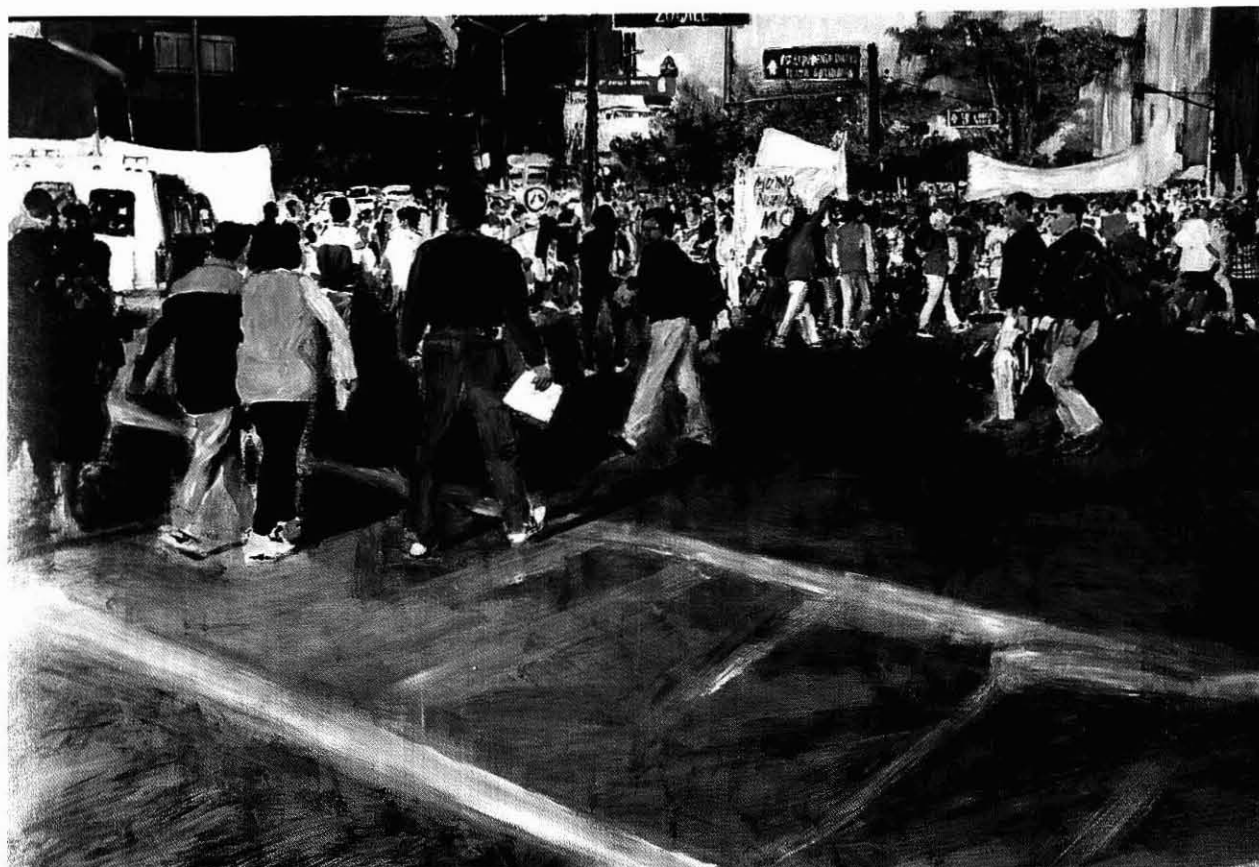
◀ *Ciudad en movimiento*
núm. 8,
1998,
óleo y
temple/tela,
120 × 160 cm



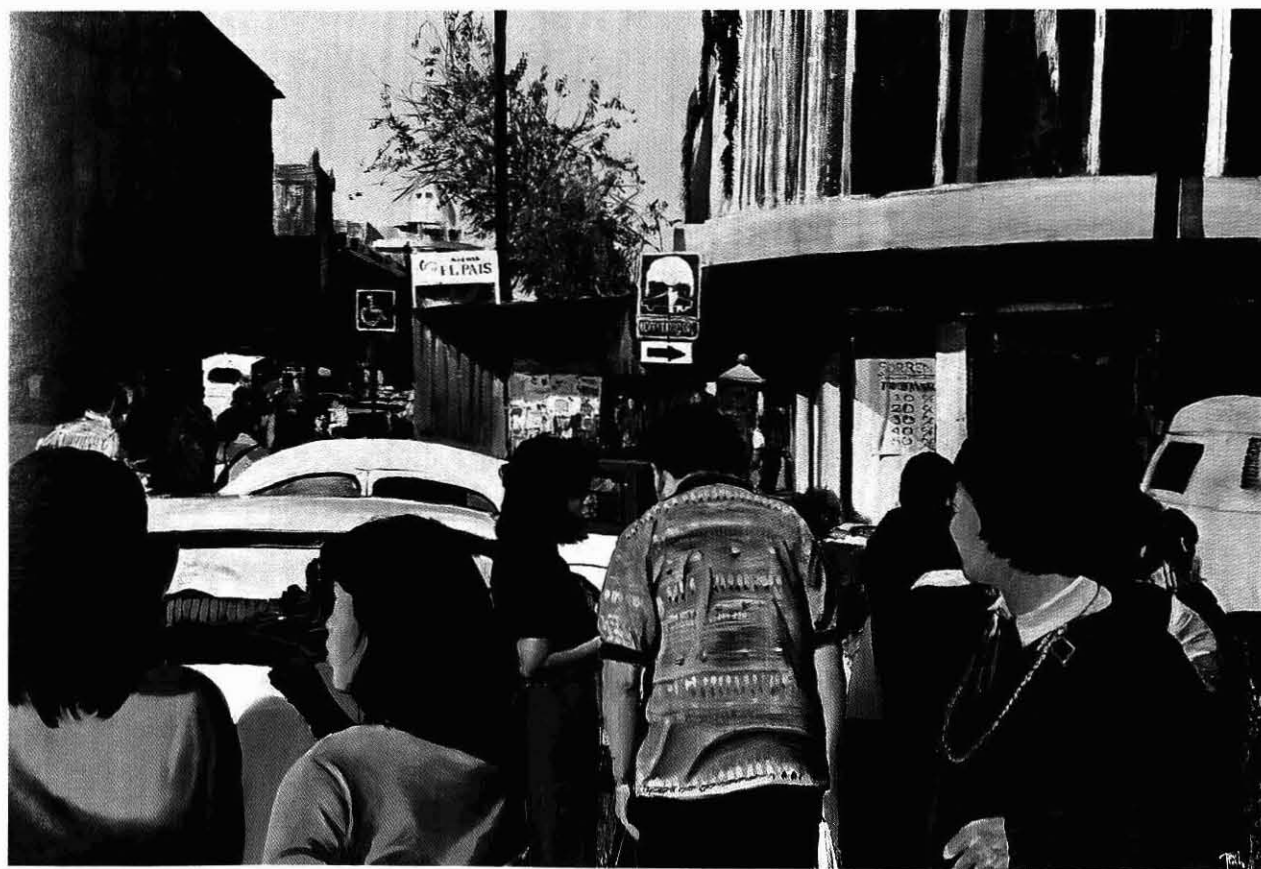
*Ciudad
en movimiento,
1998,
óleo/tela,
120 x 150 cm
II Concurso de
Pintura Salón
Johnnie Walker*



*Paisaje poblado
núm. 12,
1999,
óleo y temple
/tela,
100 x 150 cm*



Ciudad en movimiento (Centro), 1998, óleo y temple /tela, 110 x 165 cm



Paisaje poblado núm. 14, 1999, óleo/tela, 100 x 150 cm



Ciudad en movimiento núm. 1, 1998, óleo y temple/tela, 110 x 165 cm



Paisaje poblado núm. 13, 1999, óleo/tela, 100 x 150 cm

distancia; de cerca se antoja ambigua, como si el autor hubiese aceptado un accidente no controlado en los momentos de la realización del cuadro.

Veintidós obras concurren en aquella exposición y varias de ellas se reproducen aquí, sirviendo de escenario a la narración de Miguel Ángel Echegaray. Sólo una: *Ciudad en movimiento* núm. 10, precisamente la que abrió el conjunto, es un cuadro casi abstracto, en el que las presencias están diluidas en la atmósfera. Esto no es lo mismo que el efecto fantasma presente en varias composiciones, que por cierto me parecen sumamente acertadas, opuestas a la entrega neta de la escena, propia, por ejemplo, del *Paisaje poblado* núm. 14, en el que los personajes en primer término fungen como las figuras en reposoir de los cuadros clásicos. Los signos urbanos y el anuncio del periódico *El País* incluidos en la obra la han convertido en favorita de los espectadores; sin embargo, yo prefiero otras, por ejemplo el *Paisaje poblado* núm. 11, en el que los personajes (que aquí nunca son tales, sólo motivos plásticos) están vistos de espaldas contra los carteles urbanos. Los blancos de las camisas, los contraluces, el movimiento, hacen de esta obra un estudio a mi parecer de magnífico nivel. No es éste uno de los cuadros que ofrece el efecto fantasma al que he aludido líneas atrás. Eso ocurre cuando las figuras quedan "barridas", transparentes y superpuestas, lo que permite la percepción de otros elementos tras ellas, como sucede con *Ciudad en movimiento* núm. 2, en el



En crucijada,
1999,
óleo, temple
y acrílico/tela,
160 x 160 cm

que hay una especie de gran pantalla-espejo que hace *pendant* con los girones de realidad que aparecen en otras zonas de la misma escena.

José Castro Leñero por lo general gusta de presentar más de dos enfoques o maneras de hacer en una misma muestra. En *Ciudad en movimiento* ofreció un conjunto de obras mayormente unificado, tanto por el tema como por las maneras de tratarlo, aunque no todas obedecen a una misma modalidad. Tengo para mí que eso indica una estrategia: la de que existan opciones varias que permitan a los posibles espectadores encontrar algo de su preferencia que no resulte tan contundente frente a obras que se hallan en el extremo opuesto: las presencias inequívocas. No digo que eso esté mal, lo que me parece es que —dentro de la misma tónica que ofrecen la mayoría de estas pinturas, incluso cuatro de formato pequeñísimo (en 30 x 50 cm)— es posible extraer mayores posibilidades de exploración sin caer en la tentación de ofrecer obras casi abstractas, eso sí, muy refinadas. Y que conste que no me refiero a los artificios, como ya dije, de tipo parcialmente postimpresionista, que dotan de cierta "amabilidad" a las escenas, ni tampoco a lo que he llamado efecto fantasma, sino a otros recursos utilizados en composiciones, atractivas para el público, en las que las presencias se diluyen en gratificantes atmósferas cromáticas. La situación contraria quedaría ejemplificada en una pintura,

Ciudad en movimiento (Centro), que me interesa especialmente porque muestra el primer plano casi vacío, ocupado sólo por lo que corresponde a la superficie de la calle o la avenida, apenas insinuada, y a los personajes aglomerados bajo señalamientos ciudadanos, como el que indica la dirección del Zócalo.

Hay otra pintura que se titula *Los Reyes Magos en la Alameda*; es la única cuyo título permite identificarla con mayor facilidad, cosa que me parece muy conveniente aunque allí no se vea, propiamente hablando, rey mago de ninguna índole, sino sólo el efecto de observar a la distancia a los coloridos personajes reunidos. Tengo que decir que lo de los títulos se constituye en factor problemático para mí. No puedo mencionar ahora cuáles *Paisajes poblados* llamaron más mi atención porque están clasificados con una letra o un número y como no existe catálogo de la exposición me veo obligada a valirme sólo de mi memoria para describirlos. Me hubiera parecido un acierto, pongamos por caso, que el cuadro de las mantas de protesta, en óleo y temple (año 1998), en el que la calle que cruza la escena parece más bien ser un río, tuviera un título alusivo a las mantas o bien que el que ofrece tonos mezclados, “callados” dirían algunos (*Ciudad en movimiento* núm. 6), se valiera de la hora del día, que es la del atardecer, para identificar la escena. En realidad hay que dejar bien claro que eso no corresponde a ningún tipo de olvido por parte del artista, sino a una elección que posiblemente no favorece a quienes escribimos sobre las obras y las recordamos sin retener que aquélla es la número 12 y esta otra está clasificada con la letra D, o a aquellos a quienes les interesaría identificar de alguna manera el lugar seleccionado por el pintor para armar la composición. Respecto a esto hay que tener en cuenta que pese a que el escenario urbano es el protagonista, lo es no a través de edificios que pudieran servir de indicadores precisos, como pudieran serlo la Torre Latinoamericana, el monumento a la Revolución, el Paseo de la Reforma a la altura del Auditorio, etcétera. Las calles, los anuncios espectaculares, los carteles, el trasfondo (en uno de los cuadros los camiones) son los protagonistas de estas escenas, pero sólo a través de la muchedumbre que también aparece en ellas, por lo que a veces pudiera ser posible reconocer el sitio y otras no. Además, como anoté antes, hay yuxtaposiciones en la mayoría de los cuadros y eso es lo que los hace interesantes. En el Salón Johnnie Walker del Museo de Arte Moderno participó, por cierto, uno de los mejores cuadros de esta serie, iniciada en 1998. ♦



Ciudad en movimiento
núm. 10,
1998,
óleo y
encausto/tela,
200 x 150 cm

Fotos:
Marco Antonio
Pacheco
y Miguel Morales